

Voces en la Cueva del Imbunche

Marcelo Mendoza Prado

Fidel Sepúlveda –director del Instituto de Estética de la Universidad Católica y acucioso experto en literatura oral chilena- no puede evitar introducir refrán tras refrán a medida que habla. Sonia Montecino –antropóloga y autora de sugerentes trabajos sobre temas *de género* (vale decir, sobre la mujer) e indígenas- retruca con entusiasmo. Estamos en el Café Off the Record, en un desayuno que termina a la hora del almuerzo, inmersos en un diálogo sobre la oralidad nuestra, tema de este número: un diálogo sobre el diálogo, claro está. Lo que sigue es un extracto escrito de lo que en la ocasión se dijo y oyó.

Antes que nada, no puedo dejar de decir que este espacio de diálogos en la revista está concebido como un reconocimiento al valor del encuentro oral. En un sentido muy amplio, modernidad mediática mediante, ¿qué tan viva está hoy la oralidad? ¿Qué valor se le da a lo hablado hoy?

Fidel Sepúlveda:

-Tiene una importancia muy grande, porque lo oral es la palabra en presencia, es la palabra en situación, es la palabra que convoca y que revela no sólo el universo del hablante, sino también del interlocutor y del mundo en torno. Es una palabra que va con el texto, pero también va con todo el contex-

“Es muy difícil que pierda vigencia la oralidad porque está absolutamente relacionada con el cuerpo”

(Sonia Montecino)

to. La palabra oral es tremendamente importante porque no sólo documenta, sino que recoge y revela la vida ocurriendo en el instante mismo. La oralidad es la palabra primitiva, la de siempre, la que nace con el hombre y la que hace al hombre. Con la escritura se produce la congelación de la palabra oral. Esto provoca un corte geológico frente a la oralidad que está en permanente flujo y reformulación y recreación.

Sonia Montecino:

-Es muy difícil que pierda vigencia la oralidad porque está absolutamente relacionada con el cuerpo. Para expresar vía palabra escrita se utiliza la vista y se está solo, pero en la oralidad tú necesariamente estás acompañado. Resulta difícil imaginar que la oralidad deje de ser parte de la vida humana misma.

-¿Cuál es la especificidad, si la hubiera, de la oralidad chilena? ¿Cuáles son sus territorios? ¿Se podría decir que éste es un territorio oral?

Montecino:

-En el plano del cotidiano la oralidad funciona muy fuertemente. Por ejemplo, hay algo que tiene que ver con lo que yo investigo: las mujeres, por socialización, por cultura, tenemos

una apuesta en la oralidad muy fuerte: comadreamos. Esto significa hablar. Y este hablar se expresa también como resistencia, pues nuestro sistema actual implica mucha eficiencia, mucho trabajo, lo que significa estar muy ocupado en cosas y no perder tiempo, porque el tiempo es plata, y las mujeres desgastamos ese tiempo, podemos pasarnos horas y horas conversando de las cosas más nimias o de las cosas más maravillosas sin pensar en la economía. Hay un derroche y ese derroche a mí me parece que funciona como resistencia a un sistema que lo que quiere es un tiempo medido, un tiempo que funcione muy reglamentado, el tiempo laboral, el tiempo productivo. Así la conversación aparece como un tiempo im-

nes en ese sentido, como “por la boca muere el pez”. Hay una categorización de una valoración social, cultural, de la palabra como una cosa que no se puede empeñar de cualquier manera, y por eso se dice “una promesa es más que una dita”. Una dita es una deuda. Esta promesa es una promesa oral, pero que compromete. Sobre todo en la palabra masculina está operando una censura grande: no se permite decir todo lo que se piensa y todo lo que se siente, porque en algo uno puede caer mal y eso trae consecuencias negativas. Por ello esta oralidad tiene un freno y este freno es más relajado en lo femenino y es más exigente en lo masculino. La del hombre, entonces, es una *media* palabra, como lo dice con lucidez la “Tonada del medio” de Violeta Parra: “Medio arrepentido vengo / te vengo medio a decir / que si medio tú me admites / medio me verás morir / cuando medio te ausentes / medio tiempo de mi lado / tú medio muerto te fuiste / y yo medio muerta he quedado”. Es propia del chileno, y en particular del chileno hombre, esta palabra dicha a medias, para que el otro la complete, y si éste la completa y a uno no le conviene se puede decir: yo no dije eso. Estas *medias* palabras generan *medios* compromisos y expresarse así es producto de nuestra cultura del miedo: nuestra particular *cultura del Imbunche*. Nuestra vida está frenada y la muestra más clara de este freno es esta palabra oral trunca tan chilena.

estamos llamando”, “Nos estamos viendo”, que no significa nada. Esto me lleva a pensar en cómo nosotros aprendemos el español y cuál es la génesis de nuestro aprendizaje. Es una lengua que nos conquista y que nos domina, y por eso creo que lo ladino en nosotros viene del apropiarnos de esta lengua española, pero es un apropiarnos mediante un juego en donde hablamos y utilizamos las palabras queriendo significar cosas contradictorias. He notado que a europeos y norteamericanos esto les molesta mucho cuando nos escuchan hablar. Y esta oralidad propia tiene que ver con nuestra cultura y también con un elemento de resistencia que nos queda. Es probable que esto venga de la hacienda, donde el peón tuvo que aprender a relacionarse con el patrón de una determinada manera, sin decir nada directo, desarrollando hábilmente este juego oral ambiguo del “sin querer queriendo”...

Montecino:

-Junto a esa palabra trunca, hay otra cosa que me parece clave para pensar en Chile, pero también en América Latina: el sentido ambiguo que para nosotros tienen las palabras. Me explicaba: cuando digo “sí”, tú sabes que te puedo estar diciendo “no” y eso no lo entiende alguien que no comparte nuestra cultura. O eso tan chileno de decir “Nos vemos”, o “Nos



En Pliego 139 de La Lira Popular. Colección Alamiro de Ávila.

hay una característica de la oralidad chilena que es el *doble sentido*. Esto abarca mucho: desde maravillosas metáforas hasta todo eso otro que no se dice, pero que se entiende aunque se calla o se deja a medias. Es picardía, que surge para protegerse, para concurrir a la sociabilidad pero sin exponerse, sin delatarse, sin abrirse, como diría Octavio Paz, sin rajarse. Yo hallo que una de las maravillas que mantiene viva a la cultura popular chilena es este *doble sentido*.

-Por otro lado, esta oralidad chilena es indicativa de severos problemas de comunicación y de expresión. Puede resultar muy dañino para la salud mental no poder decir las cosas de forma directa, en un sentido y no en dos o más. Eso habla de un miedo permanentemente alimentado. ¿No les parece que puede resultar algo pavoroso?

Sepúlveda:

-Pero genera una convivencia, una sociabilidad compleja y

muy creativa. Yo he estado en reuniones donde circula el *doble sentido*, de aquí para allá, ¡y hay del que no tiene la respuesta porque queda muy mall! Eso da cuenta del coeficiente de humanidad que te asiste y eso se prueba por esta palabra poética, porque es eminentemente poética, porque la palabra poética tiene plurisentido. Eso es lo que se ejercita en un *mingaco*, cuando hay una fiesta de Santo o un cumpleaños. Es la palabra funcionado a tope, en su dimensión metafórica, que es la creación de un nuevo referente y con eso vitalizamos la palabra.

-El eufemismo, tan señalado como nuestro, es muy llamativo de cómo (no) nombramos las cosas. Puede dar cuenta de una gran merma en la expresión y comunicación o, al contrario, de una excesiva elaboración oral y racional. La ambigüedad en nuestra forma de hablar, donde a veces sólo un pequeño matiz en el tono de la voz le cambia de significado a una palabra, habla de

una gran complejidad oral. Pero al mismo tiempo eso genera desconfianza y, a mi modo de ver, problemas severos de sociabilidad. Siempre debemos estar elaborando un modo de “decir sin decir”, sin dejar que por nuestra boca salga de forma espontánea la voz. Siempre hay que cuidarse de “dar el tono”. Y si te sales del tono quedas excluido. Es muy fuerte no tener nunca licencia para decir lo que se quiere decir libremente. Se gasta mucha energía. Cada chileno educa el miedo a “irse de boca” porque “por la boca muere el pez”.

Montecino:

-Yo pienso igual, pero creo que ese hablar tiene una dimensión positiva y una dimensión negativa. La positiva es esa elaboración impresionante en torno a la realidad. Y la negativa es la

que tú dices, pero no lo veo tan terrible. Lo complicado es que está muy normado lo que podemos decir y lo que no podemos decir. Tenemos una normativa respecto a qué se puede decir en cada espacio. En un espacio público no podemos decir mucho, pero en el espacio del *off the record* sí.

Sepúlveda:

-Es una realidad con infinitos umbrales y hay que saber en qué umbral se está en cada momento. Es una ciencia, es algo tremendamente complejo.

Montecino:

-Si bien estamos acostumbrados a esa característica cultural de nuestra realidad, vivimos en este minuto en una sociedad muy compleja, en donde cada vez hay una separación más grande entre el discurso y la práctica y eso provoca mucha angustia. Creo que es cierto que los chilenos estamos

muy deprimidos y esta depresión tiene que ver con que nosotros hemos podido mantener este juego del habla, pero no tiene consonancia con la práctica. Se dice *no* al aborto, *no* a la píldora, *no* esto y *no* esto otro, pero por debajo es todo *sí* píldora, *sí* esto, *sí* lo otro. En este minuto hay una separación brutal entre la voz y los hechos, entre lo que se dice pública-

“Es propia del chileno la palabra dicha a medias, para que el otro la complete, y si éste la completa y a uno no le conviene se puede decir: yo no dije eso. Estas medias palabras generan medios compromisos y expresarse así es producto de nuestra cultura del miedo: nuestra particular cultura del Imbunche”
(Fidel Sepúlveda)

mente y lo que se hace privadamente.

Sepúlveda:

-Creo que en largos períodos en nuestra historia el *doble estándar* era una situación excepcional y en este momento es algo generalizado. Eso dice relación con el cómo se está hablando

y actuando. La palabra ha perdido valor.

-Los esquizofrénicos tienen una elaboración expresiva tremenda, pero les llega un momento en que por lo mismo se les confunde el mundo real del imaginario. ¿Entre tanto doble sentido en nuestra expresión hablada, puede perderse la brújula y confundirse así, esquizofrénicamente, el mundo real con la palabra complejamente dicha?

Sepúlveda:

-Las instancias de poder cada vez se han ido haciendo más distantes de lo que sería la base social. Entonces hay un discurso del poder que va en un sentido y están las bases que van en otro, y eso cruza toda la historia de América. Pero en este momento, cuando el poder empieza a ser transnacional, es mucho más grave que antes, que era local o regional o nacional.

-No es lo mismo lo hablado que lo escrito y, sobre todo, lo impreso: la palabra dicha y empeñada no se registra en documento; sólo se recuerda. Lo oral hoy se expresa más libre en el mundo privado. En lo privado en Chile no importan mucho las consecuencias de lo dicho. Sin embargo, en el mundo público lo que define es la palabra escrita o impresa. ¿Creen que la oralidad pública está muy deslegitimada?

Montecino:

-Habría que ver cuáles son los contextos que uno entiende como públicos. Porque podemos entender que es público, por ejemplo, hacer clases, don-

de distintos lugares: el lugar de la política o el habla que genera la política se ha deslegitimado. Frente al tema de la palabra escrita, pongo un ejemplo: en el mundo académico uno puede tener muchas desavenencias orales con las personas y no hay problema, pero cuando uno escribe una carta, y pone además “con copia”, la cosa sí se pone seria. Ahí opera lo que tú dices: la palabra escrita es un documento, un testigo, y es algo que acusa, pues, como el refrán dice, “las palabras (orales) se las lleva el viento”. Escribir nos compromete mucho más. Pero yo no sé si nosotros estamos en ese grado de “modernidad” donde efectivamente la escritura, el documento que queda, es más importante que el habla, porque también ocurre que a nivel de los planos emocionales la palabra hiere tan terriblemente a alguien que lo puede enfermar.

-Hablar públicamente en Chile es tarea difícil. Se deben respetar complejísimo códigos, porque de lo contrario no te dejan hablar más.

Sepúlveda:

-Son los códigos de las *medias palabras*. Lo que pasa es que la sociedad chilena vive en la Cueva del Imbunche y esta Cueva del Imbunche es la censura social y cultural. Entonces nadie dice la palabra que sabe que va a generar una reacción negativa hacia él mismo. Hay una libertad condicionada o restringida o reducida en cuanto al uso de la palabra tanto escrita como oral. En la medida que se va acercando esta palabra a lo público se hace mucho más restringida la posibilidad de decir lo que se siente y no sentir lo que se dice, como apunta Quevedo. Pero, además, existe en este momento en nuestra modernidad, o posmodernidad o como queramos llamarla, una devaluación de la palabra, una devaluación de una oralidad que ha sido utilizada por unos medios de comunicación en donde se dice cualquier cosa sin propiedad. Así, las palabras se han ido vaciando de sentido y, por la producción de demasiada palabra escrita, hay demasiados libros, demasiadas revistas, demasiados papeles, en donde



En pliego del verso "Gran Fusilamiento del infeliz Ismael Vergara en Talca". La Lira Popular. Colección Rodolfo Lenz.



también lo escrito ha ido devolviéndose. Tal como las sociedades con alto poder adquisitivo generan una cantidad de basura mucho mayor, la palabra también se ha convertido en una realidad que pasa rápidamente al cajón de la basura. La computación, que ha facilitado tanto la escritura, ha contribuido a banalizar la palabra. Antes la palabra valía, la palabra era sagrada: el conjuro tenía acción sobre la realidad.

Montecino:

-Hay una cosa muy interesante con la radio: la interacción con

"En nuestra cultura es absolutamente clave el rumor. Es una suerte de contrapoder frente al poder oficial, intentando poner en cuestión la credibilidad. El rumor tiene una fuente desconocida: es absolutamente oral"
(Sonia Montecino)

la radio en el caso de los campesinos y también en la ciudad. Es cosa de ver el éxito del Rumpi y todos los otros programas que han salido. Es oralidad pura, porque tiene que ver con la interacción. No es sólo que tú estás escuchando, sino que efectivamente tú llamas, hablas, para resolver tu problema o para contar algo. Este es un ejemplo de la vigencia del habla. Cuando apareció la tele, todo el mundo decía que las radios se iban a morir y nunca más se iba a escuchar radio. Por el contrario, hoy existe una explosión radial y es porque hay paradojas que se van creando con este nuevo mundo que vivimos. Por un lado, se globaliza, se homogeneiza, esa es una tendencia, pero la otra tendencia paradójica te particulariza. No me cabe duda de que, con la vigencia de la radio, se constata la búsqueda de una oreja.

-¿Esto, que tú, Fidel, has trabajado tanto, de las tradiciones orales, de saber, de contar, del refranero, adivinanzas, etcétera, son vestigios o siguen siendo una práctica cotidiana del mundo rural?

Sepúlveda:

-Lo más directo y presente es el mundo del refrán, que es la sabiduría concentrada. Eso sigue guiando una parte importante del comportamiento

campesino: los refranes, que, en esta ambigüedad de la que hemos hablado, se usan en uno u otro sentido. Por ejemplo: "El que no se arriesga no cruza el río", pero también, en sentido inverso, "Juan Segura vivió muchos años". Y entre eso ocurre esta regulación de los comportamientos campesinos. Esa es una realidad: es esta sabiduría que se lleva puesta, que no ne-

cesita biblioteca. Y perdura a pesar de la escuela. Gabriela Mistral dice que en todas partes la cultura empieza

siempre fue el instrumento, pues no tenían escritura. Lo indígena se construye sin alfabeto, en toda América.

Montecino:

-La cultura mapuche sigue en este minuto arraigada fuertemente en lo oral. Gracias a ello pueden tener una visión de su historia, que no necesariamente coincide con la visión que tienen de la historia mapuche los historiadores que escriben la historia del pueblo mapuche. Para el pueblo mapuche son fundamentales estos sentidos orales, porque es ahí donde se guarda todo lo que es y cómo se concibe este pueblo. Eso es interesante, porque surgen historias que van a competir. Hay una historia, que es la historia dominante, que muchos de los niños la aprenden en los colegios, pero en las casas se está contando otra historia. Eso sigue funcionando, independiente de que la mayoría de los padres mapuches actuales hayan pasado por el colegio y sean "letrados". Eso sigue permaneciendo porque tiene que ver con elementos de resistencia. Algo muy interesante es lo que dice Elicura Chihuailaf. Él dice: yo hago oralitura. ¿Por qué? Porque ahí

hay un cruce, sobre todo en la intelectualidad indígena. Elicura dice: lo que yo hago es recoger, es mezclar, la tradición oral de mis antepasados con la tradición escrita; es un nuevo producto, es una oralidad nueva. Lo positivo de esto es que la literatura oral o la tradición oral siempre ha tendido a ser mirada en menos frente a lo que es la literatura culta o escrita, y ese concepto de oralitura puede servir para generar una nueva valoración de esta expresión de estos sujetos que están confluyendo con dos tradiciones.

Sepúlveda:

-Son lugares de encuentro. Hay un desprecio de la oralidad de parte de una sociedad dominante, de una sociedad del libro y de la escritura; hay una proscripción del idioma, puesto que el niño indígena para entrar a la educación tiene que dejar afuera su idioma y con eso tiene que dejar afuera su oralidad y con eso tiene que dejar afuera identidad. Es un atentado en contra del primer derecho humano que es el derecho a ser tú. Pero lo maravilloso de este movimiento cultural indígena es que al reivindicar la palabra están reivindicando este derecho a ser ellos y a ser en un mundo, ojalá, leído en su idioma, que no es lo mismo que hacer la lectura del mundo en el idioma castellano. Eso es muy importante: hay una oralidad, pero la oralidad genuina del mapuche es su idioma.

-¿Cuál es el habla de Chile?

Montecino:

-O los hablas de Chile. Para empezar a responder eso, pluralizaría. No podemos hablar de una habla. Podemos hablar de ciertas características de lo que pudiéramos llamar *el habla mestiza*: la atenuación o la *media palabra*, lo *chiquitito*, el diminutivo, la elusión...

Sepúlveda:

-Hay una pugna entre el Chile oficial y el Chile real. El Chile oficial de buena manera está más trabajado por un comportamiento arribista y este comportamiento arribista tiende a la homogeneidad. Mientras el Chile real está ahí operando en aras de la diversidad. Entonces es lógico que un hombre del norte, del desierto, tenga una experiencia humana y esta experiencia se traduzca en vocabulario y sintaxis diferente de un hombre de la Patagonia.



En pliego del verso "Brindis por los magistrados". La Lira Popular. Colección Rodolfo Lenz.

con la tierra y aquí en Chile pensamos que empieza con el chahille-rato. En este caso, yo creo que a pesar de la escuela, perdura esa otra escuela que es la de la



En pliego del verso "Fusilamiento del reo Ismael Bustamante Chacón en Santiago". La Lira Popular. Colección Amunátegui.



Eso es lo natural y eso también es lo cultural genuino. Lo otro es una operación homogeneizante y desnaturalizante.

-Reconociendo la diversidad y los distintos hablas, se han hecho comunes algunas formas de decir. Por ejemplo, el doble sentido del que se hablaba antes, que tal vez viene de esa cosa ladina, presente, por cierto, también en el mundo mapuche...

Sepúlveda:

-Atendiendo a que las culturas se pueden conocer según sus miedos y según sus deseos, creo que hay un habla del miedo; una oralidad y una palabra marcada por el miedo y marcada por la represión y el temor: Es la *media palabra*, la palabra de titubeo, esta palabra cuidadosa de no delatar lo que yo soy, y eso es de Arica a Magallanes. Y está también esa otra palabra que indica que la realidad ha sido tan esquivada que yo no me atrevo a formularla, pero que sin embargo no puedo dejar de formularla, que es la palabra del deseo, la palabra de la utopía, la palabra del proyecto, del ideal, de cómo me gustaría que esta realidad fuera. Y esto también va de Arica a Magallanes. También, de una cierta manera, ocurre en toda América. Es el habla del miedo y del deseo; es un habla marcada por el Imbunche y por La Jauja o por la Ciudad de los Césares.

-Es claro que nos cuesta mucho sacar la voz.

Sepúlveda:

-El chileno tiene terror a sacar la voz en público. Es el mismo terror que tiene el futbolista de chutear al arco, de comprometerse con chutear al arco y no apuntarle. Es la angustia del que chutear el penal. El fútbol chileno es de media cancha, porque ahí no te comprometes, con la palabra ocurre lo mismo: está marcada por el miedo de comprometerse.

Montecino:

-Es cierto, pero creo que hay un habla intermedia, y con esto recupero de nuevo el tema de género. Es un habla que contiene cariñosamente: es el habla del arrullo, de la voz baja, de la voz profunda que acuna. Está en nosotros también. Quiero que no olvidemos esta palabra. Claro que es una palabra que va por los bordes.

Sepúlveda:

-Esta voz baja, por otro lado, hace que el chileno sea afónico, tanto hablando como cantando.

Montecino:

-Otra cosa que no hemos tocado es el rumor. En nuestra cultura es absolutamente clave el rumor. El rumor es lo que la gente quiere que se diga y generalmente los que tienen poder son los que están más afect-

Montecino:

-Lo recuerdo perfectamente. Tienes toda la razón. Y, al lado del rumor, hay otra institución oral que es el *pelambre*. El *pelambre* existe en muchos lugares, pero he escuchado de extranjeros que en Chile es muy fuerte. El *pelambre* ocurre en la ciudad, pero también es muy campesino y muy mapuche. Es una institución oral que consiste en desplumar al otro, dejarlo hecho polvo.

octosílabo, el refranero en muchas partes es en octosílabo. Quizás hay un gran gusto por la sonoridad, por la consonancia, lo mismo dicho en prosa y lo mismo dicho en verso, pues dicho en verso consonante adquiere una prestancia que la oreja popular privilegia. Por lo menos en la tradición campesina, donde yo me crié, el dicho, el verso, consonante o asonante, son la música del alma y la rítmica.

Montecino:

-Hoy día en el mundo hay una reivindicación de lo oral en la historiografía. Pero acá en Chile, como los historiadores son muy conservadores, la fuente oral todavía no adquiere el prestigio que sí tiene en otros lugares. No se ve como una fuente confiable. José Bengoa, que no es precisamente un historiador, ha utilizado fuentes orales para escribir su *Historia del pueblo mapuche*, incluso más que fuentes escritas. Ahora, en el campo de la antropología, la fuente por excelencia es la oralidad. Para el trabajo que yo hago es básica la fuente oral: ahí es donde está toda la riqueza, donde uno puede encontrar memoria, identidades, formas de entender el mundo, o sea, la cultura.

Sepúlveda:

-A mí me parece que el registro o la captura de la oralidad es tan importante para la verdadera historia porque la oralidad constata y pone en evidencia el biorritmo de una comunidad y de los individuos. El documento escrito lo congela.

Montecino:

-Y, además, muchas veces el documento miente, porque quienes tienen el poder de la escritura en Chile siempre fueran las clases dominantes.

Sepúlveda:

-La oral es la historia de la procesión que va por dentro, que en el fondo es la única historia verdadera. En la oralidad se muestra el cómo tú la has vivido, porque el modo como la relatas entrega la curva del acontecer.

-"Chile, país de poetas", se dice, y poesía es oralidad máxima. Ahí puede haber un signo constitutivo de nuestra vocación oral. ¿Les parece?"

Sepúlveda:

-Estoy absolutamente de acuerdo con eso. Yo creo que nuestra máxima expresión cultural es la poesía. Chile es un país de poetas porque ha habido una represión muy grande. La palabra ha estado sometida a una gran presión, ha sido una fuerza *recontenida* y, entonces, de pronto la palabra explota. Lo más profundo de Chile lo ha dicho la poesía. La poesía es nuestro género, corresponde a nuestro habla: hablamos así. El chileno se atreve en poesía.



En pliego del verso "A lo divino del Niño Jesús nacido". La Lira Popular. Colección Rodolfo Lenz.

tos al rumor. El rumor es una fuerte expresión cultural nuestra. Es una suerte de contrapoder frente al poder oficial, intentando poner en cuestión la credibilidad. Se dejan caer los rumores para dejar la bala pasada. El rumor tiene una fuente desconocida: es absolutamente oral y se lanza con expresiones como "me contaron..." o "escuché..." o "se dijo".

Sepúlveda:

-Esto es porque *pelar* es uno de los mayores alicientes de la sociabilidad.

Montecino:

-Es verdad, porque se juntan dos amigos y dicen: "Sentémonos a *pelar*". Esa es la manera de desmenuzar las emociones. El *pelambre* está muy vinculado a la emocionalidad, a la rabia, a toda esa mezcla de amor y de odio que se manifiesta en envidia. Y se expresa así por-

bra del deseo. Es el deseo dicho con temor.

-Debe ser muy cierto esto de que el rumor es un habla de contrapoder solapada, pues en tiempos de Pinochet hubo una propaganda oficial en televisión en que aparecía un personaje de dibujo animado, chico, moreno, de bigote, que se llamaba Murmuro Rumor, propagando rumores en la oficina. El mensaje final era: "¡No le crea a Murmuro Rumor!".

Sepúlveda:

-Este es porque *pelar* es uno de los mayores alicientes de la sociabilidad.

Montecino:

-Es verdad, porque se juntan dos amigos y dicen: "Sentémonos a *pelar*". Esa es la manera de desmenuzar las emociones. El *pelambre* está muy vinculado a la emocionalidad, a la rabia, a toda esa mezcla de amor y de odio que se manifiesta en envidia. Y se expresa así por-

Sepúlveda:

-Hay un entrañarse en el interlocutor. Y hablar desde la entraña de quien habla, en un

que no está permitido hablar las cosas directamente a las personas.

-¿Cuál es el sonido, o los sonidos, de Chile?

Sepúlveda:

-Yo creo que el sonido de Chile funciona en octosílabo. Hay una operación de ritmo donde como que la curva melódica opera con octosílabo. La mayor parte del cancionero, del romancero, va en octosílabo. El canto a lo divino va en

Montecino:

-Los sonidos reales los siento duales, duplicados, en el sentido de lo que hemos hablado; de que para todo siempre está el blanco y el negro. Está el *huachito*, pero también el *huachito*, la *china*, pero también está la *chinita*. Yo creo que Chile es así, con mucha dualidad.

Sepúlveda:

-Hay un entrañarse en el interlocutor. Y hablar desde la entraña de quien habla, en un

"La oral es la historia de la procesión que va por dentro, que en el fondo es la única historia verdadera"
(Fidel Sepúlveda)